

LA RAZÓN POÉTICA EN ZAMBRANO COMO RAZÓN RADICAL

José Villalobos



La filosofía de María Zambrano como superación del racionalismo nos plantea una perspectiva desde la que advertir nuevas extensiones del pensamiento viquiano. Este texto, aunque no analiza tales conexiones y puntos comunes, nos dibuja un paralelo (zambraniano) emergente desde la conciencia de crisis en nuestra propia época. La crisis del racionalismo y su superación, la razón poética, la verdad de cada época, el valor de la palabra, etc., marcan en el horizonte la línea de una Aurora de la razón que, sin necesidad de ser mostrada expresamente, alumbra emparentada con la misma luz que emerge con Vico, “un pensador auroral”. Cualquier estudioso de Vico encontrará en las ideas de Zambrano, que en este texto se tratan, un perfil de afinidad en el que ambos pensadores “tientan una nueva época”.

Maria Zambrano's philosophy, understood as an overcoming of Rationalism, provides us with a new perspective from which light can be shed upon new extensions of the Vichian Thought. This text, though it does not analyze such a connections and common points, draws an emerging parallelism (Zambranian) from our own age consciousness of crisis. The crisis of Rationalism and its own superation, the poetical Reason, each age's own reason, the worth of the wordings, etc., draw upon the horizon the lines of the Reason's Dawning which, without being necessarily shown, gives birth –related with same light of that of Vico– to a “Downing thought”. Any Vichian scholar will be able to find in Zambrano's ideas, with which this paper is concerned, a profile of certain resemblance in which both thinkers “attempt to a new age”.

Nos guía la intención –que posiblemente no será lograda– de *comprender* y al mismo tiempo *sentir* el pensamiento de María Zambrano, de *ver* y al mismo tiempo *escuchar* este pensamiento; de *decir* y, si es posible, “expresar” [M. Zambrano, *De la aurora*. Madrid, 1986, pag. 75] ese pensamiento zambraniano que es rebelde, original, radical, o al decir de ella: “pensamiento auroral”.

María Zambrano ha sido una pensadora poco conocida (o cuyo conocimiento ha sido poco extendido) hasta muy recientemente. ¿Quién o quiénes la ocultaron?; ¿quién o quiénes la han re-descubierto? ¿Por qué aquel silencio, y por qué esta sonoridad? ¡Filosofía y política! Ni los políticos de entonces que la expulsaron son recordados hoy día, y ya hemos olvidado los políticos que la trajeron en la pasada década. Ironías de la fragilidad del pensamiento frente a la hegemonía del poder. Tal vez pensara en ella misma, cuando la filósofa

N.B. Este trabajo recoge los materiales utilizados para la conferencia impartida en la inauguración del Aula de Grados “María Zambrano” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Málaga, el día 30 de octubre de 1992.

malagueña escribió que los que hablan y creen saber tanto de Homero, Shakespeare o Cervantes son “justamente los mismos que ni le hubieran dirigido la sombra de una mirada en vida” [*De la aurora*, pág. 74].

Por ello, interroguémonos sobre dos cuestiones:

En primer lugar, María Zambrano es una filósofa, y esto es algo que hasta la fecha resulta estadísticamente extraño: ha habido muy pocas filósofas. ¿Caracteriza esto de algún modo su obra y su estilo, ya cristalizados tal como han llegado a nosotros?

En segundo lugar, ¿cuáles son los temas más logrados y significativos de su pensamiento? ¿En qué horizonte se da este pensamiento? ¿Por qué es atisbo de un modo de pensar que intenta romper con la modernidad y su racionalismo?

A estas dos cuestiones se atenderá en el desarrollo de nuestra exposición.

I. CARACTERÍSTICA Y ESTILO DEL PENSAMIENTO ZAMBRANIANO

1. OBRAS SIGNIFICATIVAS EN SU EVOLUCIÓN

Fijar las características y el estilo del pensamiento zambraniano es difícil, no sólo por su prolongada obra, sino también porque nos situamos frente a una *evolución*. Nos atrevemos a fijar dos etapas, aunque de máxima fidelidad a un pensamiento unitario. Quiere decirse que desde su ensayo “*Hacia un saber sobre el alma*”, escrito en el año 1934 (publicado como libro después), hasta su obra culminante —a nuestro entender— “*De la Aurora*”, publicado en 1986, hay una inflexión.

Las obras y ensayos de la primera época están escritas en estilo académico; ella misma es profesora de Universidad y da cursos universitarios tanto en España como en Hispanoamérica. Guardan un marchamo pedagógico, que implica una cierta sistematicidad filosófica; pero ya alienta ese estilo literario característico de la segunda época. Este cambio coincide biográficamente cuando decide ser escritora y dejar de enseñar. Así lo ha marcado José Luis Abellán:

“no conocemos las razones personales que llevaron a la autora a abandonar América, y con ello las tareas de la enseñanza, tras catorce años de estancia en aquellos países; pero sospechamos que la vocación literaria fue uno de los motivos más hondos, si bien posiblemente inconsciente, que influyeron en la decisión de su traslado a Europa, y con ello a una dedicación completa a su auténtica vocación de escritora” [J. L. ABELLÁN, *Filosofía española en América (1939-1966)*. Madrid, Guadarrama, 1967, pag. 174].

Este segundo estilo llega a su cumplimiento en el libro “*De la Aurora*”, el de más alienado creador y al mismo tiempo programático. Pero en este libro se encuentran párrafos filosóficamente asignificativos, pero poéticamente plenos de sentido.

Además, los libros de María Zambrano son mayormente colecciones de artículos o ensayos (salvo “*De la Aurora*”, “*Claros del bosque*”, y algún otro), que tienen sin embargo una fuerte unidad intrínseca. Se asemejan a libros de poemas, en los que, desde su unidad, cada uno de los poemas guarda su sentido peculiar dentro del conjunto.

Para fijar esta *evolución* hemos seguido seis textos, que a nuestro juicio son los más significativos:

- **Hacia un saber sobre el alma*, 1934 (publicado en 1950);
- **San Juan de la Cruz. De la "noche oscura" a la más clara mística*, 1939;
- **El hombre y lo divino*, 1946 (publicado 1955);
- **Un lugar de la palabra: Segovia*, 1964;
- **Claros del bosque*, 1977;
- **De la Aurora*, 1979 (publicado en 1986).

2. FIDELIDAD DE TEMAS E INFLUENCIAS

En María Zambrano encontramos fidelidad a los temas y conceptos; así, los de "*Hacia un saber sobre el alma*" permanecen –naturalmente ampliados y profundizados– en "*De la Aurora*". Y no es por un intento machacón, reiterativo, poco imaginativo, sino al contrario, porque desde prontísimo tuvo la perspicacia de cazar los temas y conceptos, y toda su vida filosófica consistió en extraer las riquezas que encerraban y se han ido "revelando" –como dice ella– cada vez de modo más fehaciente.

Dicha fidelidad también la guarda a los autores que le influyeron. Por ejemplo, sorprende leer en su ensayo sobre "*San Juan de la Cruz*" los temas de la palabra, soledad, aurora, corazón..., y ver cómo re-aparecen, ya desgajados de su origen sanjuanista, en su obra "*De la Aurora*", a veces como alusiones semiocultas sólo para iniciados. San Juan de la Cruz le impactó tanto que –exagerando conscientemente– podríamos decir que toda la obra zambraniana es un comentario al pensamiento místico de San Juan de la Cruz. También es fiel al pensamiento y estilo de Ortega y Gasset; cuando lo cita, lo hace de modo grandioso, elegante y agradecido.

Si a las señaladas influencias, sanjuanista y orteguiana, añadimos las influencias del pensamiento griego (desde los órficos), del pensamiento bíblico y del pensamiento y la poesía española, tendremos el cuadro general de las deudas culturales de nuestra aurora. Hay que tener en cuenta que María Zambrano es heredera y continuadora de esas influencias y conceptos, de ahí las *constantes e invariantes* en su obra, y la presencia de los *guiños* –como citas encubiertas– solamente captados por aquellos que conocen su clave.

Pongamos un ejemplo. El capítulo último de "*De la Aurora*" se titula "La pura encendida aurora", y uno se demanda cómo se han producido en el pensamiento zambraniano todas esas metáforas y conceptos de tanta belleza y frescor. La respuesta se halla páginas antes [*De la Aurora*, pag. 95], en el capítulo titulado "La llama", que comienza: "pura encendida llama, émula de la rosa", un verso perteneciente a una silva de Francisco de Rojas (del círculo sevillano de Fernando de Herrera). María Zambrano alude a ese poema, sin colocarlo entre comillas ni ofrecer ningún aviso previo, en un guiño de complicidad con el lector.

Lo mismo podríamos decir de las referencias a los mitos griegos, a detalles de la Biblia, etc., que al ser tantos resultaría costoso reseñarlos. No hay cita bibliográfica, hay seña para el iniciado. Son insinuaciones (si está permitido hoy expresarse así), ese modo tan femenino de llamar la atención, dejar entrever. Trabajo académico por hacer, que sólo dejo indicado aquí.

3. FORMA DE EXPRESIÓN DEL PENSAMIENTO FILOSÓFICO: SISTEMA / GUÍA

En "*Hacia un saber sobre el alma*" dedica dos ensayos a la forma en que se expresa la filosofía: "Poema y sistema" y "La guía forma del pensamiento". Para nuestra autora, su

propio pensamiento filosófico, su estilo filosófico, se vierte no en forma sistemática abstracta, sino en forma de *guía* (o introducción concreta). El sistema es demasiado estricto y seco, tan racionalista que mata la vida. Por el contrario, la “guía” “está por completo polarizada al que la lee, es como una carta” [*Hacia un saber sobre el alma*]. Buenos Aires, Losada, 1950, págs. 55-56], por ello es mucho más directa, concreta, más personal. Sigue diciendo que en la *guía*: “el pensamiento está en grado mínimo de *abstracción* y de generalidad. Es la *razón* en su forma medicinal, en su forma extrema misericordiosa”, el pensamiento se hace misericordioso, pensamiento que se acerca cordialmente en ayuda.

La expresión del pensamiento que María Zambrano prefiere es un pensamiento que se presenta no como un *saber universal* y absoluto [*ibid.*, pág.57], sino como un *saber de salvación*, un saber soteriológico.

El pensamiento que se expresa en forma de *guía* logra un “*saber fragmentario*”, según María Zambrano; pero al mismo tiempo “pretende *sistematizar* este saber de experiencia sin elevarlo por ello a ciencia” [*ibid.*, pág. 62]. Sigue admitiendo que “la *guía*” es algo parecido a un método [*ibid.*, pág. 63]; y, por último, que la comprensión de la *guía* presenta una “*cierta sistematización*” [*ibid.*, pág. 65].

Debemos pensar que lo que María Zambrano está rechazando no es una “*cierta sistematización*” —que ella admite—, sino un sistema cerrado o racionalista (que siempre ejemplifica con Descartes o Kant). En definitiva, enfrenta poema a sistema, pero no rechaza la razón, sino una razón reduccionista o no integral, como es la razón racionalista, una razón que mata la vida*.

Esta idea reaparece en su última obra: “La Aurora, pues, es *guía*, también porque es raíz, flor, árbol, alma del sentir originario” [*De la aurora*”, pág. 26]. Esto es, la Aurora —dicha aquí para nombrar la razón poética— se presenta como *guía*; sigue la invariante en el pensamiento zambraniano, naturalmente con la consistencia de su propia evolución.

4. INTERPRETACIÓN DE LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA

Hemos visto la evolución y estilo del pensamiento zambraniano, sus constantes e invariantes y la forma expresiva de la *guía*; pues bien, estos tres elementos son traspasados por Zambrano a su interpretación de la *filosofía española*. Interpreta el pensamiento español como un pensamiento *místico*, es decir, de la *razón poética* (cuyo paradigma máximo para María Zambrano es San Juan de la Cruz).

María Zambrano perfila y perfecciona una línea interpretativa que tiene claros antecedentes. Uno de ellos es Federico de Castro, catedrático de Metafísica de la Universidad de Sevilla, autor de varios artículos (1869-1870) sobre “Cervantes y la filosofía española”. María Zambrano cita constantemente a Cervantes y “*El Quijote*” para comprender el pensamiento español; además, su maestro Ortega y Gasset ha publicado en esta línea las “*Meditaciones del Quijote*”. También Federico de Castro dedica su discurso de apertura del curso académico 1891-92 a la filosofía andaluza, y considera en ella la mística como su fruto más granado (destacado por la mística hispano-árabe).

*N.B.- Un aspecto, éste, que vincula a nuestra filósofa con la también, a veces no bien comprendida, actitud contra-racionalista (razón racionalista absoluta) del napolitano Vico, cuyo anticartesiano fue expreso en el plano metafísico (*De Antiquissima Italorum sapientia*, 1710) tanto como en el de la renovación metodológica (*De nostri temporis studiorum ratione*, 1708).

Éste es el aire que María Zambrano ha respirado, a él ciñe su propia interpretación. Bien entendido que la mística está contemplada en el plano de la razón, como elemento integrante de la razón integral. Por ello dice:

“al místico el cristianismo le ha sobrevenido, y su amor entonces se encamina a Cristo, pero *sin Cristo hay también místicos*. El místico no es un problema netamente cristiano, y tal vez lo que sea problema es cómo existe una mística cristiana” [“San Juan de la Cruz. De la ‘noche oscura’ a la más clara mística”, en *Andalucía, sueño y realidad*”. Granada, Biblioteca de cultura andaluza, 1984, pág. 29-45].

También la guía, como forma de expresión, pertenece propiamente a la filosofía española, ya que en ella la literatura española es muy rica. Adelanta una tesis muy atrevida: “lo que ha sido el todo para el resto de Europa ha sido la guía para España” [“*Hacia un saber...*”, pág. 60]. Frente al absolutismo de la razón que representa la cultura de la modernidad racionalista, la guía tiene ventajas al dejar el pensamiento en libertad y creatividad.

Así, ¿podemos aventurarnos a afirmar, ahora, que, María Zambrano, nacida en Vélez-Málaga-Andalucía y criada en Segovia-Castilla, ha quedado marcada en su pensamiento por su nacimiento y crianza? Tiene difícil respuesta la cuestión, pero podemos sostener que su filosofía (la forma más abstracta y universal del saber) tiene que ver con que fuera andaluza y castellana, pues Andalucía y Castilla son *las dos formas más universales* de ser y sentirse español.

En este orden de cosas María Zambrano se muestra agradecida al teorizar sobre la ciudad en su ensayo “*Un lugar de la palabra: Segovia*” [en “*España, sueño y verdad*”. Barcelona, Edhasa, 1965, págs. 193-216]. Para ella: “La ciudad es lo que más se acerca a la persona [...], en la vida histórica. Tiene figura, rostro, fisonomía, lo que el Estado se afana por tener” [*ibid.*, pág. 193].

La ciudad es un espacio sacralizado, que funciona como un trascender que mana de un vivir propiamente humano. Y Segovia –para María Zambrano– es uno de los paradigmas de ciudad, pues una ciudad verdadera es un camino hacia lo universal; en la ciudad es donde se produce “vivir verdaderamente” [*ibid.*, pag. 197].

En la ciudad se presenta y determina nuestro *habla*; así el habla castellana. Dice María Zambrano: “Si hay un lugar en el que el ser se haga accesible, se abra, es la palabra” [*ibid.*, pág. 214]. El idioma castellano no sólo es escrito sino que es un habla; no le pasa como al lenguaje jeroglífico egipcio que parece que nunca fue hablado. Si el idioma castellano se perdiera como escritura, perduraría como habla, “puesto que transmigró lejos en ancho ámbito” [*ibid.*, pág. 215]. El llegar más lejos que acontece con acento andaluz. Castilla y Andalucía en la expresión y el pensamiento de María Zambrano.

II. TEORÍA Y TEMATIZACIÓN DE LA AURORA.

La segunda cuestión se refiere a lo más específico del pensamiento zambraniano, esto es: la *cuestión de la Aurora*, tanto la teoría de la aurora, como los diferentes *temas aurorales* que de ella derivan.

A. TEORÍA DE LA AURORA

1. UNA NUEVA ÉPOCA PARA LA FILOSOFÍA

Para María Zambrano: estamos en la *aurora de una nueva época*. Usa la metáfora de la aurora para señalar que la nueva época rompe con la época anterior, y deja aparecer un nuevo modo de entender y hacer filosofía; pero al mismo tiempo en ella permanecen rasgos de la época moderna que está desapareciendo. La denomina la “*Era de la Aurora*” [“*De la aurora*”, pág. 107], cuya determinación es lo que llama otras veces la “*razón poética*”. Era de la Aurora enfrentada a la Modernidad.

Esta “razón poética” es continuadora de la razón de la época anterior, la Modernidad, pero añade la poesía como nuevo contenido de la razón. Es pasión y razón unidas:

“la pasión *sola* ahuyenta a la verdad, que es susceptible y ágil para evadirse de sus zarpas. La sola *razón* no acierta a sorprender la caza” [“*Hacia un saber...*”, pág. 13].

La pasión y la razón unidas captan la *verdad*. Como decía la sabiduría popular en la letra de un cante flamenco: “*el conocimiento, la pasión no quita*”.

Estas reflexiones zambranianas en “*Hacia un saber sobre el alma*”, escritas en torno a 1934, están en sintonía y coincidencia con toda una literatura, que hemos conocido después pero que está escrita en ese mismo tiempo. Es la *crisis* de la modernidad, la crisis de la razón racionalista, o “la *crisis de las ciencias europeas*” como le llamó Husserl. Juan Fernando Ortega Muñoz ha hablado con justeza [“*Introducción al pensamiento de María Zambrano*”. México, F.C.E., 1994; le dedica el capítulo 1º], por ello, de la filosofía de María Zambrano como superación del racionalismo. La razón poética zambraniana da una visión del “*hombre íntegro*” –será uno de sus temas recurrentes–; porque *cada época* tiene su *verdad* [“*Hacia un saber...*”, pág. 13] y la verdad de la nueva época es el *hombre* en la *vida*, como dice María Zambrano en terminología orteguiana. Posteriormente cambiará y hablará derechamente de razón poética.

“Cada *época* puede *definirse* por el *espejo* en que se atreve a mirarse para encontrar su imagen, la imagen de lo que quiere o se cree ser” dice Zambrano [“*Hacia un saber...*”, pág. 109]. Unas épocas se reconocen sin ser propio y lo fían todo al futuro; otras prefieren mirarse en lo que ya son, son autosuficientes; pero la *época actual* “mantiene el espejo velado para no topar con la propia imagen”, la razón se ha eclipsado y el hombre no da razón de sí mismo.

Parecido procedimiento es el seguido por Husserl en la “*Krisis*” con la “*Rückfrage*” (pregunta hacia atrás o pregunta originaria). Con la “*Rückfrage*” vamos a la *raíz* del problema, encontramos el *suelo* sobre el que comenzar el propio pensamiento. La crisis de las ciencias europeas –lo que María Zambrano llama racionalismo– está impidiendo que esa nueva *razón radical* se desarrolle. Son caminos muy diferentes el zambraniano y el husserliano, pero nos llevan a la misma meta. No es por ello de extrañar que María Zambrano alabe a Husserl [“*Hacia una saber...*”, pág. 64] como redescubridor de la “*unidad del conocimiento*”, al igual que a Ortega y Gasset como redescubridor de la “*unidad de la vida*”. La razón de la “era de la aurora” o época radical es un todo unitario con múltiples dimensiones.

Ha tenido nuestra autora sensibilidad para oler y descubrir la *crisis del racionalismo* que estaba ahí y necesitaba una teorización. Trabajo filosófico que en España muy pocos han realizado, y de la que ella es precursora.

2. TIPO DE CONOCIMIENTO DE LA RAZÓN POÉTICA

¿Qué tipo de conocimiento ha de tener la razón en la Era de la Aurora? Responde María Zambrano que, así como el hombre tiene *otras realidades* además de la razón, el saber sobre el hombre “necesita estar encajado dentro de otro *más amplio y radical saber*” [*Hacia un saber...*, pág. 19]. Este saber más amplio es el de la “razón íntegra”, que implica tanto a la razón como también a las demás dimensiones del hombre. Y concluye: “es necesario topar con esta nueva *revelación* de la razón a cuya aurora asistimos como razón de *toda* la vida del hombre”. Son citas de “*Hacia un saber sobre el alma*”; pero en “*De la aurora*” se recogerán con mayor consistencia y explicación estos primeros esbozos.

¿Cómo perfila estas reflexiones en “*De la aurora*”? Veámoslo.

“El resultado a que hemos llegado en estas breves páginas [...] es que la Aurora, que no nos ha ofrecido la posibilidad de ser un conocimiento propiamente filosófico, una episteme, nos impone inexorablemente su condición de pertenecer al mundo de lo cognoscible” [*De la aurora*”, pág. 25].

Dicho de otro modo, la razón poética o aurora no pertenece al “modo moderno” (racionalista) de entender la filosofía, pero pertenece al mundo cognoscitivo, tal como se entiende de modo más integral en la nueva época. No es conocimiento “moderno”, pero pertenece al mundo del conocimiento “radical”. Y remacha más adelante [*De la aurora*”, pág. 30]:

“el conocimiento que aquí [en este libro] se invoca, por el que se suspira, este conocimiento postula, pide que la razón se haga poética *sin dejar de ser razón* [...], como una ‘fysis’ devuelta a su original condición. Así la Aurora se nos aparece como la ‘fysis’ misma de la razón poética”.

No cesa María Zambrano en su propósito de hacer pensable, razonable, esa aurora de la razón poética, a la que llama “un *nuevo modo de razón*” [*De la aurora*”, pag. 26]: es poética, sin dejar de ser razón, por eso sigue siendo filosófica. Esta razón poética se caracteriza, no por lograr un “saber universal y absoluto”, sino un saber *fragmentario* [*Hacia un saber...*, págs. 19, 57 y 62]. Es una razón que está en sus comienzos, que aún no se ha desarrollado; por ello no se da de modo pleno o total, sino fragmentario, auroral, como en *claroscuro*. Aún es de noche, pero va apareciendo la dudosa luz del alba: es el enigma de la metáfora. Homero en la “*Odisea*” llama a la temprana aurora “la de los dedos rosados” [Canto I, 1; canto III, 404, 491]; y San Juan de la Cruz en el “*Cántico espiritual*” [canción nº 15] habla de “la noche sosegada, en par de los levantes de la aurora”. Y tantos pensadores modernos aurorales: Pascal, Vico, Leibniz..., y en nuestros días Husserl, Scheler, Ortega..., son pensadores aurorales que tienen esa nueva época. Desde luego, la misma María Zambrano es preciso considerarla una pensadora auroral.

3. ENFRENTAMIENTO ENTRE LA MODERNIDAD Y LA ERA DE LA AURORA

En definitiva, la Era de la Aurora está enfrentada a la época pasada, esto es la Modernidad. Dice María Zambrano: “la cultura *moderna* fue arrojada de sí al ser total del hombre, cuidando *sólo* de su pensamiento” [*Hacia una saber...*, pág. 15]; sólo del pensamiento

dejando fuera otros elementos, y entre ellos la pasión. Por eso María Zambrano se aferra a Scheler, en quien encuentra los esbozos de un *saber del corazón*, que introduce un orden del corazón en la realidad y en el hombre [ibid., pág. 17]. La modernidad es reduccionista, mientras que la época radical es integradora: tiene un saber del corazón en que el hombre mismo es un “*abismo*”, tiene un fondo insondable que no se comprenderá nunca.

Tentamos los inicios de una época, que se enfrenta a la modernidad. En ésta triunfa la *ilustración*, que es la luz del día que se expande por doquier, ciega para todo aquello donde no llega su onda (los que hoy aventajadamente se siguen considerando “modernos” –eso, sí, de una ilustración reformada– no son más que nostálgicos de lo ya ido). La época auroral tiene un pensamiento de *claroscuro*; la luz es soberbia, excluyente, arrogante y por ello cegadora; el claroscuro es humilde, integrador, apacible, va abriéndose a la luz suave, pero imparablemente, como la aurora.

María Zambrano, pensamos, fue una *precursora* de esta nueva época. Esperemos que no le ocurra lo que ella misma dijera de los precursores, “que han pagado en alguna cárcel *de olvido* el delito de haber visto *desde lejos*” [ibid., pág. 13]. De María Zambrano hemos logrado el reconocimiento y el recuerdo, hoy día; aunque, respecto de la verdad de su pensamiento, no tengamos aún un conocimiento pleno de aquello en lo que fue *adelantada*. Tendrá que transcurrir el tiempo, para que podamos comprender de modo preciso su pensamiento y su papel dentro de la nueva época.

B. TEMATIZACIÓN DE LA AURORA

Pasemos, por último, a la tematización de la aurora. Hasta ahora hemos visto la “teorización” de la aurora. Resta dilucidar los *múltiples temas*, “*more aurorale*”, del pensamiento zambraniano; solo me detendré en dos de ellos, que ya han sido apuntados por mí en lo dicho anteriormente: en primer lugar, la tematización auroral del concepto de “*hombre*” como hombre íntegro, superado el reduccionismo moderno de la “*res cogitans*”, analizándolo desde la razón poética; y, específicamente, la visión auroral de la dimensión “*religiosa*” del hombre.

El hombre íntegro –el hombre que ha de ser estudiado en todo lo que es: conocimiento/pasión, sentir/ser...– es descrito con el concepto de “*abismo*”; el hombre es un abismo, un mar sin fin, un pozo sin fondo. Es un tema de raigambre agustiniana (“*magnum profundum*”, dijo del hombre San Agustín), y especialmente sanjuanista, de modo que Baruzzi, el gran comentarista filosófico de San Juan de la Cruz, en su conocida obra le dedica acertadamente al místico español una larga parte a la “experiencia abismal” [“*San Juan de la Cruz y el problema de la experiencia mística*”. Valladolid, Junta de Castilla y León, 1991]. Mientras más conocemos al hombre, más desconocido nos es. María Zambrano ha tocado este tema en tantas y tantas páginas de “*Hacia un saber sobre el alma*” y “*De la aurora*”.

Ya es difícil poder afirmar que conocemos totalmente al hombre desde el orden de la razón, pero aún lo desconocemos más desde el orden del corazón, y esto vale de acicate para insistir en la búsqueda. El hombre como abismo es hoy un tema destacado en el horizonte de la interpretación filosófica del hombre. Como ha dicho Max Scheler (en “*El puesto del hombre en el cosmos*”), “hoy día sabemos muchas cosas sobre el hombre, pero seguimos sin saber qué es el hombre”.

La consideración del hombre como abismo aparece en el sentido de la *muerte*. María Zambrano aporta que San Juan de la Cruz “jamás cantará a la muerte, ni la llamará, ni la mentará [...], no pareció necesitar a la muerte para traspasar ciertos linderos” [“*San Juan de la Cruz...*”, pág. 32]; y los medios que usó fueron la mística y la poesía. Siguiendo estos pasos, la antropología de María Zambrano es una antropología de la vida. También toma como ejemplo a Nietzsche, que “nunca dio señales de temer a la muerte, como si la muerte para él no existiera, como si estuviese cierto de una última y total transmutación” [“*De la aurora*”, pág. 123].

Otro aspecto auroral es el de la “religión”. La tesis fundamental sobre la religión está expresada en “*De la Aurora*”, y dice así:

“se hace evidente que ninguna obra del muy humano *pensamiento* no tenga de algún modo, aunque sea levemente, una relación con una actitud *religiosa*” [op.cit., pág. 121];

esto es, toda filosofía es en el fondo religiosa. Esta tesis ha de ser comprendida desde la perspectiva de la razón poética, como acertadamente ha destacado Gregorio Gómez Cambres [en “*El camino de la razón poética*”. Málaga, Ágora, 1992].

De nuevo María Zambrano se inserta en una tradición, que fuera seguida por San Agustín (“*De civitate Dei*”, lib. VIII, c. 1): “el verdadero filósofo es el amador de Dios”, o por Hegel (“*Filosofía del Derecho*”, Prefacio): “la verdadera filosofía conduce a Dios”. Vieja tradición en que se apoya María Zambrano para dar un salto. La religión es la revelación que ella ha tenido; una revelación que se muestra en la *palabra*. De ahí que, recordando el capítulo “La palabra perdida”, del libro “*De la Aurora*”, se pusiera el título simbólico de “Voy a seguir buscando la palabra perdida” al discurso de aceptación del Premio Cervantes que recibiera en 1988.

En la *palabra* sucede la revelación, es el lugar donde se manifiesta lo sacro. Por ello está en contra de la *revelación del hombre* [“*El hombre y lo divino*”. México, F.C.E., 1984, pág. 17], el hombre al “deificarse” pierde su condición de individuo. La deificación es un delirio [ibid., pág. 153], porque el hombre ha de ser oyente de la palabra. La palabra es “donación” [“*De la aurora*”, pág. 69], el hombre es receptor de la palabra, y en la palabra se revela lo sacro, lo santo, lo sagrado.

No tenemos seguridad de haber cumplido nuestra intención, ni de haber alcanzado nuestro propósito, pero en sintonía con nuestra filósofa y su tematización de la aurora de la razón poética, confiamos en no haber faltado a su estilo y modalidad: el conocimiento y la pasión. Conocimiento y pasión por María Zambrano que nos llevan a recitar esta bello lamento que ella escribiera [“*De la aurora*”, pag. 25]:

“*Qué inmensa soledad la del que no ha contemplado,
ni siquiera por una sola vez,
la Aurora*”.

* * *